

del Arcángel que vino á anunciar la liberación de la tierra, donde están referidas en el lenguaje del Cielo todas las glorias de María, todas sus grandezas, todo su poder. No tengo sinó una sola palabra que decir, á saber, que el hombre al repetir tan hermosas palabras se convierte en el eco que envía al Cielo lo que el Cielo ha dejado caer hasta él. Y el Cielo, H. M., ¿podrá cerrarse á sus oraciones? ¿No es el Cielo su origen, su patria?

Llego, pues, inmediatamente á la economía de estas oraciones. Ya lo sabéis. El Rosario de la Virgen se compone de quince *Padrenuestros*, seguidos cada uno de diez *Ave Marías*, ó de otro modo, de quince decenas. Sería ya, H. M., una práctica muy laudable la sola recitación de estas divinas oraciones. Mas, para que se consiguieran mayores ventajas todavía, Santo Domingo ha querido que el alma cristiana añadiese la oración mental á la oración vocal; que siguiera por todas partes en las diferentes fases de la vida, al Salvador Jesús y su santa Madre por medio de la meditación; y para hacer más fácil esta práctica, se han dividido los diferentes misterios de Jesús y de María en tres clases distintas: Misterios *gozosos*, misterios *dolorosos*, y misterios *gloriosos*. Retened bien, H. M., esta división: sobre ella gira toda la economía del Rosario.

1.º ¡Qué tema más hermoso de meditación puede presentarse para ser ofrecido á la piedad del cristiano! El sigue paso á paso al Salvador Jesús desde el mismo día en que, por rescatar á su criatura, abandona la mansión de su gloria, hasta el momento en que, después de treinta y tres años de sufrimientos y de amor, vuelve á la diestra de su Padre. Los misterios *gozosos* son los que en primer lugar nos representan al Verbo en su encarnación y en su estado de infancia; un Dios para rescatarnos, un Dios para abrimos el Cielo, para borrar la mancha que pesa sobre toda la especie humana, se entrega por sí mismo á los golpes de la justicia de su Padre, se carga de anatemas, se reviste de nuestra naturaleza y de todas las miserias de nuestra pobre humanidad, se hace carne: *Et caro factum est*. Antes de salir del seno de su Madre, donde ha tomado un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros, comienza ya su misión de amor: visita á su precursor San Juan Bautista, al que debe anunciarlo al mundo, y por esta visita le purifica de la mancha original; después para el día de su nacimiento, elige por palacio un establo, un poco de paja del pesebre de los animales, y por primeros adoradores algunos pobres pastorcillos. Fiel á la ley, se presenta en el templo como el último de los hombres para rescatarse por una ofrenda. Después, á la edad de doce años, le volvemos á encontrar en el templo en medio de los doctores, escuchándole asombrados de la sabiduría de sus discursos y de la profundidad de sus respuestas.

2.º En la segunda serie se desenvuelven los misterios *dolorosos*. Allí hay un Dios, que, por expiar nuestros pecados, sufre dolores inmensos y oprobios infinitos. En el huerto de los Olivos, su alma está triste hasta la muerte; un sudor de agua y sangre riega todos sus

miembros; preséntasele el cáliz que debe agotar, y en la agonía de su alma exclama: «¡Padre mío! pase de mí este cáliz, si es posible; pero hágase vuestra voluntad y no la mía.» Bien pronto llega el traidor: es vendido á los judíos; encadenase á la inocente víctima, que es arrastrada ante los tribunales; condénase al Salvador á ser azotado; caen sobre su adorable cuerpo furiosos golpes, y se hunde en su cabeza una corona de espinas; échase sobre sus espaldas un pedazo de púrpura y gravita sobre él una enorme cruz; y cargado con tan ignominioso instrumento, se le arrastra á él débil, vacilante, cayendo á cada paso, hasta lo alto del monte, en medio de los hurras, de las vociferaciones y de las blasfemias de la muchedumbre. Allí, enormes clavos fijan en la madera sus piés y sus manos; elévanle en la Cruz en medio de dos malvados; encomienda su alma á Dios, su Padre; ruega por sus verdugos, y después espira.

3.º En fin, en la tercera serie se comprenden los misterios *gloriosos*. La Resurrección de Jesucristo, su triunfo sobre la muerte, su ascensión al Cielo, donde, según su promesa, va á conservar un lugar para los suyos, para sus amigos. Después la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y todas las maravillas que la acompañaron y la siguieron.

Luego, al lado de los misterios de Jesús, se desenvuelven los misterios de su Santísima Madre, como los cinco misterios de gozo, de dolor y de gloria. Estos son la Anunciación, en que el Angel viene á decirle que será Madre de Dios, y por consiguiente libertadora de los hombres; la visita á Isabel, en que va á participar á su prima las misericordias de lo Alto, los efectos de la Gracia sobre ella misma; después el parto en un pobre establo; su Presentación al templo como la más simple mujer de Judea, y su alegría cuando vuelve á encontrar á Jesucristo en medio de los Doctores en el templo. A seguida vienen los dolores que pasaron y repasaron sobre su corazón; todos los horribles tormentos durante la grande infamia del Calvario. En fin, su Asunción gloriosa al Cielo, y su coronación á la derecha de su Divino Hijo.

Por lo poco que acabo de decir, ya comprenderéis que el Rosario de la Virgen no es una oración monótona; es el conjunto de la Religión; es el cuadro más atractivo de lo que Jesucristo ha hecho en favor de nuestras almas para arrancarlas del abismo, para llevarlas al Cielo; es el memorial de todas sus maravillas, y la meditación de cada día graba todo esto en nuestro corazón y en nuestro espíritu.

Y, sin embargo, H. M., esta ventaja no es la única que se consigue del Santo Rosario. Hay para el cristiano una cátedra de donde corren las lecciones más sublimes, las enseñanzas más prácticas para encaminarnos, para dirigirnos hacia el Cielo. Bien lo sabéis; el hombre no ha sido colocado sobre la tierra para descansar, para dormirse en la molicie y en la indolencia. Aquí bajo, nuestra obligación es toda de penalidad, de combate. Cuando Jesucristo se bajó hasta nosotros, nos encontró arrastrando por tierra, encadenados, sometidos al

demonio. ¿Y qué hizo? Por su sangre derramada en el Calvario ha hecho pedazos nuestras cadenas; nos ha levantado, nos ha dado derechos. Después de habernos revestido con su armadura de gracia, nos ha dicho: «¡Adelante! En lo sucesivo ya podéis combatir mejor; si alcanzáis victoria, mi felicidad será la vuestra por toda la eternidad.» «Yo, añade Jesús, yo también he combatido, y si queréis como yo vencer, imitadme, seguid mis pasos y haced lo que yo he hecho.»

Pues bien, H. M., en el Rosario es donde se hallan resumidas todas las virtudes de Jesús, todas las virtudes de María, su más perfecta copia; y por la meditación de sus virtudes es como el cristiano se prepara á la guerra que debe soportar, dar y sostener sobre la tierra; guerra de todos los días, de todos los instantes del día. Tres enemigos se levantan frente de nosotros, terribles y encarnizados: el *demonio*, la *carne* y el *mundo*.

1.º El demonio, espíritu de orgullo, nos envía esos pensamientos de gloria, de ambición, de exaltación, de dominación ¡Ser grande es serlo todo! Ser grande, libre del yugo de todas las leyes, destruyendo todo lo que nos molesta, ésa es la verdadera felicidad, dice el demonio. Luego, otra voz más elocuente todavía que la suya, la voz de la carne, viene á decirnos: pasar los días aquí bajo, siguiendo dulcemente el curso de la vida, mecidos entre dulces ensueños, sin otra ley que el placer, sin otra regla que los caprichos de la imaginación, ¡ésa es la verdadera, la suprema felicidad! Y en medio de este doble asalto, se presenta el mundo á nosotros con sus locuras, con sus alegrías, con el amor de la materia, con su sed de lo presente, con sus dudas y sus incertidumbres del porvenir. ¡Ah! Dios mío, ¿qué queréis que haga, siendo presa de tantas luchas, de tantos sofismas, de tantas fascinaciones; ¿qué queréis que haga el hombre, esa frágil caña que al menor soplo se agita, que cae al choque más pequeño? ¡Ah! ya os lo he dicho: que siga al Divino Modelo, que marche por los mismos pasos que Jesús, que haga lo que Jesús ha hecho.

¿Y qué ha hecho Jesús contra el demonio? Contra el demonio, H. M., Jesucristo ha dado un grande ejemplo: ejemplo de humildad en su Encarnación; ejemplo de caridad en su visita á Santa Isabel; ejemplo de pobreza en su nacimiento en Belén; ejemplo de sumisión á la ley en su presentación al Templo; ejemplo de celo por la gloria de Dios, su Padre, en sus discursos en medio de los doctores: *Exemplum dedi vobis*.

2.º Contra la carne: en el Huerto de los Olivos, ejemplo de resignación; en la flagelación, ejemplo de paciencia; ejemplo de la mortificación del espíritu y de la voluntad en la coronación de espinas, y en el acto de llevar la Cruz; ejemplo de perseverancia hasta el fin en su muerte en el Calvario: *Exemplum dedi vobis*.

3.º En fin, contra el mundo: Jesucristo fortalece nuestra fe por medio de su Resurrección; nuestra esperanza, por su Ascensión al Cielo; nuestra caridad, por la efusión del Espíritu Santo; y por la Asunción gloriosa de María, por su coronación en el Cielo, nos ad-

vierte que si, como El, también nosotros obramos el bien en la tierra, si vivimos santamente como El, también nosotros seremos un día arrebatados al Cielo y coronados con eterna recompensa: *Exemplum dedi vobis*.

Ahora os pregunto; si el hombre sigue á este divino Modelo, ¿quién podrá detenerle jamás, y hacerle caer? ¡Ah! multipliquen todos sus esfuerzos el demonio, el mundo y la carne; el hombre es para siempre invencible si sigue los pasos de Jesús. Vivirá la vida de Dios en la tierra, esa vida de fortaleza, de gozo y de felicidad; vivirá en la alegría del Cielo por toda la eternidad.

Pero, me diréis, no es bastante conocer el remedio, y aún estar persuadido de su eficacia; una pobre criatura ¿podrá llegar jamás á la práctica de esas virtudes que son tan penosas, tan ásperas, y, digámoslo de una vez, tan bárbaras? Nó, H. M., lo sé como vosotros, el hombre abandonado á sí mismo, á sus propias fuerzas, no puede nada para el bien: pero también sé que, con la ayuda de Aquel que reina en el Cielo como Señor absoluto, con la ayuda de Aquella que está sentada á la derecha de Jesús, y que saluda vuestra boca con el nombre de Madre de Dios, de Virgen poderosa; con su ayuda y su apoyo el hombre es invencible. Y véase porqué al mismo tiempo que su espíritu se ilumina con la meditación; al mismo tiempo que su voluntad se fortalece en el bien con la meditación de las virtudes de Jesús y de María, su pecho se abre y deja escapar un gran grito de ternura, de instancia, y de súplica mil veces repetido: «Padre nuestro, que estás en los cielos... hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día dánosle hoy...» Después: «¡Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo... Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén!»

¡Oh! Vosotros todos, los que sois padres, vosotras también las que sois madres, bien sabéis si la palabra de un hijo queda siempre á la puerta del corazón de su madre, sin entrar en él. Vosotros sabéis si el oído del padre, si el oído de la madre puede permanecer cerrado á las voces de instancia, de ternura ó de súplica de sus hijos.

Resumamos, pues, H. M., y concluyamos. Meditación de los principales misterios de la vida de Jesucristo y de la vida de su santa Madre. Aplicación á nuestra conducta de las virtudes de Jesús y de las virtudes de María. Oración para pedir á Dios esas virtudes de Jesús y de María. ¡Cuán admirable es la trilogía del Rosario! Serían precisos, H. M., muchos discursos para desenvolverla plenamente, y aún después de muchos discursos nada habríamos dicho sobre esta devoción, en la cual se encuentran epilogados toda la religión cristiana, todo su dogma, toda su moral.

Después de esto, M. A. H., ¿necesitaré muchas instancias para haceros estimable la hermosa devoción del Rosario? ¿Cada uno de vosotros no comprende ya la inmensa ventaja que puede sacar de ella, pues que allí encontramos los artículos de nuestra fé, los divinos

ejemplos de la caridad y las prendas de nuestra esperanza? ¡Pero qué merito no añade á esta devoción la protección que obtenemos de María por la meditación diaria de sus misterios y de los de su divino Hijo!

Deshojemos, pues, H. M.. muy á menudo, deshojemos esa magnífica corona de rosas en honor de María. Quienes quiera que seamos, repitamos muchas veces esta oración, que la colma de alegría: «¡Dios te salve, María!» La sonrisa de nuestra Madre responderá siempre á nuestras oraciones, y sus virtudes, como un perfume, descenderán á nuestro corazón para fortificarle y llenarle de aromas. Y como se decía ingenuamente en la Edad Media, María cogerá en nuestros labios una rosa fresca y pura cada vez que se abran para decir: *¡Ave María!* Y no temamos que la repetición de la misma plegaria sea molesta á su corazón; una reina jamás se cansa de oír los mil y mil vivas que la saludan á su tránsito; una madre jamás se cansa de oír decir á sus hijos que es hermosa y buena, que la aman y la veneran; porque, como se ha dicho perfectamente, el amor no tiene más que una palabra, y al decirlo continuamente, no la repite jamás.

SOUAILLARD.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.**—La devoción del Rosario es venerable en su origen.

SUBDIVISIONES.—1. Antigüedad de este origen.—2. De su institución regular.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.**—Esta devoción es santa en su objeto.

SUBDIVISIONES.—1. Ella glorifica á Jesucristo.—2. Ella honra á María.—3. Ella santifica nuestras almas.

**TERCERA CONSIDERACIÓN.**—Esta devoción es edificante en su práctica.

SUBDIVISIONES.—1. Ella no es monótona.—2. Ella produce frutos de salud.

*Ave María.*  
Dios te salve, María.

ENTRE las prácticas de devoción que tienen relación con el culto de María, hay, M. A. O., una graciosa, sumamente popular, universal, que debe atraer particularmente nuestra atención; hablo de la recitación del Rosario. Esta devoción es, sin duda, familiar para vosotros; pero hoy, al procurar que la conozcáis mejor, trato de excitaros á que la estiméis más y la practiquéis con mayor exactitud. Y para conseguirlo, os demostraré que la devoción del Rosario es: 1.º *Venerable en su origen*; 2.º *Santa en su objeto*; 3.º *Edificante en su práctica*.

AVE MARÍA.

### PRIMERA CONSIDERACIÓN.

ESTA DEVOCIÓN ES VENERABLE EN SU ORIGEN.

El origen del Rosario es, en primer lugar, venerable á causa de su antigüedad. Siempre, H. M., que es universalmente seguida en la Iglesia una práctica de devoción, y que produce en ella frutos abundantes de salud y de vida, puede asegurarse que tiene raíces profundas en lo pasado, y que, para encontrar su principio, hay que remontarse ordinariamente mucho más arriba de su institución. Se parece